

Enemigos: una historia de amor

Pedro Adrián Zuluaga

Periodista y escritor, pedroadrianzuluaga@gmail.com

“Me dio calor. El odio es lo único que me da calor”
Ballin Mundson (Gilda, 1946)

“Qué fuerte soy por tu odio”
Los reyes del mundo (2022)

El título de este texto es robado de forma directa –y quizá poco amistosa– de una novela del escritor judío (de origen polaco y emigrado a Estados Unidos) Isaac Bashevis Singer. La publicó por primera vez en 1966, aunque los lances y desventuras de sus personajes se ubican unos años antes, en la Nueva York de finales de la década de 1940. El título de la novela es equívoco: más que una historia de amor, hay varias que se cruzan entre sí (con Herman Broder, un polígamo a pesar de sí mismo, en el vórtice), y todavía me pregunto a qué se refiere la palabra enemigos. ¿Cuál es la enemistad central que rige una obra de personajes que parecen deambular como fantasmas recién llegados de un paseo a las fronteras de la muerte?

La situación liminal o indefinida de los personajes tiene, vista desde otros ángulos, aspectos históricos muy concretos que se recortan sobre el paisaje después de una catástrofe: la *Shoah*, el exterminio de judíos planeado de forma fría y sistemática por el régimen nazi (y donde también hubo entre las víctimas homosexuales, gitanos y disidentes políticos). La conciencia del mundo (o de su situación actual en el mundo) que tienen los hombres y mujeres de la novela, posteriormente adaptada al cine por Paul Mazursky, está atada al odio que han recibido como judíos. Un odio viejo y reciente a la vez, y del que son supervivientes. ¿Es posible volver a confiar –o vivir sin miedo– ante ese nublamiento del propio valor y luego de tanto daño recibido? ¿En qué lugar de sí mismos alojan los personajes ese saber sobre la animadversión?

Más importante aún, en qué momento del fondo de la enemistad puede surgir una historia de amor, ya no digamos solo entre dos personas –según el

mito del amor romántico, que novela y película cuestionan– sino de aceptación de sí y de fuerza para la acción movilizadora. Si el odio desata las pulsiones de muerte, ¿no es el amor una bala disparada al futuro, la creación y las potencias de la vida? La magnífica imagen final (antes del plano de la *wonder wheel* en el que aparecen los créditos de la película) de la adaptación que Mazursky hace de la novela de Bashevis Singer es precisamente la de una bebé, hija de Herman Broder y Masha (la campesina rusa que acogió y salvó a Herman al final de la Segunda Guerra Mundial). Esa vida recién nacida es una victoria: la niña parece ser lo único claro en medio del caos de esa comunidad judía que, como puede, trata de sobreponerse al estupor de los acontecimientos recientes. El exterminio, pese a todo, no fue definitivo.

Este introito lo uso como justificación, en caso de que sea necesaria, para hablar no del odio que sentimos hacia otros –un sentimiento que puede estar lleno de intensidad y de furor, cuando no de la misma ceguera que en los mitos se atribuye al amor–, sino del odio que se recibe, y de los posibles efectos de mirarse en ese espejo deformante. ¿Llegamos a reconocer algo de nosotros en el odio del que –por cualquier razón o sinrazón– somos objeto? Las reflexiones que siguen serán –no podrían serlo de otra manera– especulativas y personales, pues mi primera sospecha es que nos odian no específicamente por lo que somos sino por cómo nos ven. A través del odio inventamos a otra persona a la medida de nuestras necesidades. Y con odio nos inventan. Así la disputa es también en el terreno de los relatos y las ficciones. En primera instancia, el odio es una proyección que tiene más que ver con el espectador de la misma.

Para hablar de odio hay que hablar, entonces, de identidades, y recalar en estas últimas parece imposible sin pasearse por el terreno de los traumas, es decir, de la memoria, de sus posibilidades y sus excesos. El odio es un relato que solo se puede desactivar a través de otros relatos que, “mediante la observación atenta, la matización constante y el cuestionamiento de uno mismo”¹, pongan un freno a las cadenas de asociaciones y a la proliferación de metáforas en las que el odio se incubaba. “Und vielleicht lässt sich nur so, erzählend, die lange Wahrheit dieser Geschichte begreifen” (“Y tal vez solamente así, narrando, se deja entender la larga verdad de esta historia”), escribió Carolin Emcke en *Wie wir begehren* (2012)².

El primer odio (recibido) o la pérdida de una inocencia

Quisiera poder hablar, en términos abstractos, de la adolescencia, conjeturarla como una entidad que ocupa un lugar inmutable en una especie de cielo de ideas puras, aislarla y pensar que ella es un malestar intenso y luminoso que suscita las grandes preguntas de la vida: la adolescencia como apertura y porosidad. Pero el esfuerzo es vano; las ideas exigen encarnarse. Estaban advertidos, no es posible hablar de odios recibidos sin pasar una linterna imaginaria por mi vida que arroje luz sobre cosas que pasaron y que, aunque calladas, permanecen. Toda experiencia propia que tenga algún relieve está atravesada por el deseo y su manifestación, pues el deseo es aquello que nos incumbe más íntimamente. El deseo es esa escena que, al mirarla, nos mira y en la que están prefiguradas las formas del futuro.

Yo, como todos ustedes –si examinan bien–, tengo mi escena primitiva. No ocurrió en la niñez, en medio de esas brumas preconscientes en las que, según el psicoanálisis, somos testigos del acto sexual entre nuestra madre y nuestro padre. Por el contrario, ocurrió precisamente en el fragor de esa adolescencia de atención y tensiones, una tarde en la que, junto con un amigo, luego de andar por el campo entre los caminos rurales de un pueblo antioqueño, nos internamos en el bosque. Allí, en la cima de una montaña no demasiado alta nos cayeron las primeras sombras de la noche. Arrojados por esa oscuridad dejamos a un lado un libro que leíamos –no había luz suficiente

para reconocer las letras– y nos besamos, tímida y urgentemente. Aquello duró poco. Por torpeza, o quizá por vergüenza, bajamos pronto la colina. Nos sacudían el temor y el temblor de lo que había pasado.

Casi sin hablar desandamos la ruta hasta un punto donde, en un recodo del camino, un grupo de campesinos nos esperaba. Entre todos hacían un muro de cuerpos que impedían nuestro paso y un par de ellos blandía en la noche inclemente sus machetes desenvainados. Cuando mi amigo y yo preguntamos a qué se debía todo aquello, los del grupo enardecido se miraron entre sí; un campesino tomó la vocería por los demás y nos notificó que no podíamos seguir hasta tanto no llegara la Policía por nosotros. “Los descubrimos”, dijo. Nos acusaba de ser ladrones de fríjoles y de haber robado ya varias veces en la vereda.

Hasta aquí lo que quisiera contar de la anécdota, no sin antes agregar un dato último que quizá sea el más revelador: la Policía, en efecto, llegó y mi joven amigo y yo terminamos pasando la noche en el Comando Municipal castigados por haber caído en lo que, luego de mirarse entre sí (el segundo, pero no el último juego de miradas cómplices, avergonzadas y acusadoras), los agentes del orden decidieron llamar “batida”. Nunca –estoy seguro– hubo robo de fríjoles en la vereda; el eufemismo fue la manera que los campesinos encontraron para aludir a aquello que resultaba imposible de nombrar directamente: un encuentro erótico entre dos hombres.

Lo que vino después –en las horas siguientes– de este episodio es a la vez nebuloso e incisivo. Es muy raro que un joven de la edad que teníamos nosotros entonces disponga de herramientas intelectuales o sensibles para digerir el odio –y mucho menos hace más de treinta años–. Vi crecer un desconocido en mí y en mi amigo íntimo descubrí, de pronto, a un extraño. Algo que empezaba a anunciarse en mí, y que sabía importante, podía ser motivo de un enconado desprecio. ¿Era miedo a lo desconocido lo que incendiaba los ojos de aquellos campesinos, de los policías y de todos –incluidos mis padres– los que se enteraron del asunto? Yo, sin saber siquiera que existía la palabra homofobia, la experimenté.

¹ Carolin Emcke, *Contra el odio* (Barcelona: Penguin Random House, 2017), 19.

² El título en español del libro de Emcke es *Modos del deseo* (Tres Puntos, 2018); la traducción del fragmento citado es de Camilo Del Valle Lattanzio.

Vigilar y castigar

En la década de 1940, en una carta a su amigo Franco Farolfi, el escritor y cineasta italiano Pier Paolo Pasolini rememora lo que le sucedió una noche, en compañía de un amigo, en las colinas:

[...] cenamos en Pardino, y luego en la oscuridad sin luna subimos hasta Pieve del Pino. Vimos una cantidad inmensa de luciérnagas que formaban un bosquecito de fuego dentro de los bosquecitos de ramajes, y las envidiábamos porque se amaban, porque se buscaban con amorosos vuelos y luces, mientras nosotros éramos áridos y hombres todos en artificial vagabundeo.

Entonces pensé en lo bella que es la amistad, y las comitivas de jóvenes veinteañeros que ríen con sus masculinas voces inocentes, y no les importa el mundo alrededor de ellos [...] Todo en ellos se transforma en risa, en carcajada. Nunca su ardor juvenil se muestra tan claro e impactante como cuando parece que vuelven a ser niños inocentes, porque en sus cuerpos está siempre presente su total y alegre juventud [...] Así éramos nosotros esa noche; después trepamos por las laderas de las colinas, entre las ramas secas que estaban muertas y cuya muerte parecía viva, atravesamos campos con huertos y árboles de guinda, y llegamos hasta una alta cima. Desde allí se veían claramente dos reflectores lejanísimos y feroces, ojos mecánicos de los que no se podía escapar, y entonces nos sobrevino el terror de ser descubiertos, mientras ladraban los perros, y nos pareció que éramos culpables [...] Sucedieron muchas otras cosas, pero aquí no tengo ni el espacio ni el tiempo para contártelas: lo haré apenas sea posible.³

En la escena descrita por Pasolini hormiguea la ambivalencia; todo en ella vibra en un juego de oposiciones: la luz intermitente de las luciérnagas es acogedora en su breve esplendor, y cómplice de los amigos, cercana, mientras los reflectores, a pesar de estar lejísimos, son feroces en su vigilancia, dan noticia plena de su presencia. Es como si a Pasolini le hubiese sido dado el conocer a fondo –allí, esa noche en las colinas– su destino, su necesidad de escandalizar como un acto político en sí mismo y, a la vez, las persecuciones de las que por eso será objeto. Su cuerpo, hermoso y bien cuidado, tan fuerte –dice su amiga Silvana Mauri– que, si te cogía las muñecas para expresarte su cariño, apretaba como unas tenazas⁴, ese

cuerpo fue asesinado brutalmente en una playa del suburbio romano de Ostia en noviembre de 1975. El de Pasolini pudo haber sido –lo fue, casi sin duda– uno de los crímenes de odio más célebres –y obscenos– del siglo XX⁵.

Lo que la sociedad biempensante odiaba de Pasolini era, probablemente, menos su “vicio nefando” que la vehemencia con que lo quiso ventilar públicamente. Aunque esto es una suposición, pues como lo dice enfáticamente Carolin Emcke, en el prólogo de su libro *Contra el odio*:

[el] odio es siempre difuso. Con exactitud no se odia bien. La precisión traería consigo la sutileza, la mirada o la escucha atentas: la precisión traería consigo esa diferenciación que reconoce a cada persona como un ser humano con todas sus características diversas y contradictorias.⁶

Por otro lado, está el discurso de la tolerancia, cuyos límites e imposturas son puestos a prueba por actitudes contestatarias como las de Pasolini y tantos más. Lo hemos escuchado mucho: deberíamos estar satisfechos con tener la posibilidad de amarnos a escondidas, sin ser molestados ni molestar. Pero hacer de ello una exhibición pública, eso es demasiado. Volveré, en breve, sobre esta curiosa forma de la empatía que supone un supuesto reconocimiento de nuestra humanidad a la vez que una disminución de la misma. La humanidad plena, eso fue lo que aquellos campesinos nos menoscabaron –a mi joven amigo y a mí– esa noche que he descrito, la noche del muro compuesto de cuerpos y machetes, apretados en su máscara de enemistad. Y es lo que a tantas personas que aman diferente les siguen menoscabando. No todos somos Pasolini, pero la homofobia es un vector de odio que se propaga transversalmente, un pánico que la sociedad en su conjunto está lejos de resolver.

¿Por qué nos odian?

Esa fue la pregunta que hizo un hijo adolescente a su padre y su madre, una pareja judía que conozco. También conozco al chico y ahora, mientras escribo, puedo ver el desconcierto en su cara, mientras indaga en busca de respuestas, esenciales para saber su lugar en el mundo. Frente al

antisemitismo es cómodo tener una perspectiva de corto plazo y aducir que se debe a los excesos del moderno Estado de Israel, a la relación con sus vecinos y a la manera en que los judíos parecen haber pasado de ser la quintaesencia de las víctimas a la quintaesencia de los victimarios.

Pero esas respuestas no son satisfactorias. Israel no es el único Estado entre las democracias occidentales que tiene profundas fisuras, y los ciudadanos de esos otros Estados no son “merecedores” del mismo odio que el recibido por los judíos (que, por otro lado, no viven todos, ni mucho menos, en Israel, ni están de acuerdo, todos ellos, con las prácticas políticas del país que se erigió para acoger a los judíos del mundo). En la página web de Yad Vashem, el Centro Mundial de Conmemoración de la *Shoah* (cuya sede física está en Jerusalén), se lee:

El antisemitismo es un fenómeno enraizado en la cultura europea desde hace muchos siglos. La imagen del judío como asesino de Cristo (el crimen de deicidio) y el hecho de que la gran mayoría de los judíos se habían negado rotundamente a convertirse, provocaron la sospecha y el odio.⁷

El judío encarnó, como Pasolini o como las personas que hoy se autoidentifican dentro de la sigla LGBTIQ+, no solo la diferencia sino el orgullo manifiesto por esa diferencia. Mucho más, insisto, de lo que la falsa tolerancia o la frágil normalidad suelen ser capaces de soportar sin que emerja el fanatismo. Y las leyendas. A los judíos no solo se les acusó de deicidio, también se les inculcó de asesinar a niños como parte de sus rituales religiosos. Pese a ser un pueblo o una cultura en cuya base hay un conjunto de prohibiciones (sistematizadas en las tablas de la ley mosaica) y acendradas prácticas de limpieza e higiene (por ejemplo, las prescripciones para la preparación de alimentos que se conocen como comida *kosher*), a los judíos se les asoció con lo impuro y su presencia se revistió de las amenazas latentes de decadencia o corrupción. Los homosexuales cargamos también con una profusa malla imaginaria que nos relaciona con una especie de banda de asaltantes

de la virtud infantil/juvenil⁸, que opera, como en el poema del mexicano Xavier Villaurrutia, “en el profundo cuerpo de la noche”⁹.

Aquí llego al punto que, creo, es el hilo conductor de todo –o de lo poco– que he dicho. Determinadas subjetividades de súbito somos arrojadas a una guerra que nos desborda, que no nos pertenece ni nos incumbe: la llamaré, cediendo a la simplificación, la guerra de los puros contra los impuros. Tanto el judío como el homosexual hemos encarnado, históricamente, el poder de corromper y desestabilizar (y cabe sumar, si es necesario, otras *identidades*, por ejemplo, la del revolucionario). Han sido identidades construidas como arquetipos en los cuales plasmar los miedos sociales. Claro, las identidades, como los miedos, tienen cierta plasticidad. Cada época y sensibilidad encuentra su enemigo ideal. Uno cree desterrados ciertos imaginarios y fantasías y, de repente, en el lugar menos pensado, o como respuesta a una crisis cualquiera, reaparecen.

Tengo un ejemplo de mi propia cosecha. En 2019, me vi envuelto en una polémica por la interpretación crítica de la película *Niña errante*, dirigida por Rubén Mendoza. En días previos a que el filme se estrenara en el Festival de Cine de Cartagena, escribí en redes sociales: “*Niña errante* es una película para la cual el cuerpo femenino es un territorio a ser asaltado por el placer masculino”. La opinión escaló más allá de lo previsto y suscitó reacciones directas e indirectas de muchas personas del medio cultural colombiano, incluido el cineasta. En una entrevista de Santiago Serna, que *El Espectador* publicó el 4 de abril de ese año, el periodista recogió la polémica y le preguntó a Rubén Mendoza qué opinaba del comentario arriba citado. La respuesta del director fue: “Yo opino que el ladrón juzga por su condición. Él se escuda en su homosexualidad para decir que así ve las cosas. Lo digo porque abiertamente habla de eso. Se necesita tener el corazón muy cochino para leer la película de esa forma. Si así de cochino es alguien para decirlo, así te lo respondo”¹⁰.

³ La carta de Pasolini está fechada en Bolonia, en la primavera de 1941. En español está reproducida en *Pasiones heréticas*. Correspondencia 1940-1975 (Buenos Aires:El Cuenco de Plata, 2005), 37-39.

⁴ El testimonio de Mauri está recogido como una suerte de epígrafe en la novela gráfica *Pasolini*, de Davide Tuffolo. (Zaragoza: 451 Editores, 2012).

⁵ Crímenes tan cercanos, en su ambigüedad e irresolución, a los que sufrieron en Medellín el filósofo y militante homosexual León Zuleta, el dramaturgo José Manuel Freidel y muchos otros y otras cuyos nombres se ha tragado el anonimato.

⁶ Emcke, *Contra el odio*, 13-14.

⁷ “Antisemitismo - el odio a los judíos”, *Yad Vashem Centro mundial de conmemoración de la Shoá*, acceso enero de 2023. https://www.yadvashem.org/es/holocaust/about/nazi-germany-1933-39/antisemitism.html#narrative_info

⁸ Como sabemos, bastante literatura (periodística, de ficción, lírica, ensayística) ha venido en auxilio de esta noción del amor homosexual como un amor que corrompe la inocencia, que contagia y que vampiriza a la juventud.

⁹ Xavier Villaurrutia, “Nocturno de los ángeles”. <https://www.poemas-del-alma.com/xavier-villaurrutia-nocturno-de-los-angeles.htm>

¹⁰ Santiago Serna, “Rubén Mendoza: La vicepresidenta es la prueba de que las clases pudientes son ignorantes”, *El Espectador*, 4 de abril de 2019. <https://www.elespectador.com/el-magazin-cultural/ruben-mendoza-la-vicepresidenta-es-la-prueba-de-que-las-clases-pudientes-son-ignorantes-article-848685/>

Esa respuesta, que muchos entendieron como un ataque de homofobia, llamó también mi atención por la serie semántica que construía, y que está en el *corazón* de la argumentación que he intentado exponer. Los elementos de esta serie podrían ser: condición-homosexualidad-cochinada-atrevimiento. Según Mendoza, por mi *condición* de homosexual yo me atrevía a hablar en ese tono (de su película), y detrás de ese tono (atrevido y orgulloso) se escondía mi cochinada, que a su vez era producto de mi homosexualidad. Inesperadamente, el imaginario de la impureza volvía a escena. Mendoza terminaba su respuesta lamentando que yo, un “Uribe de la crítica” (un elemento más para complejizar la serie), fuera un referente de la opinión sobre cine en el país¹¹.

Sobrevivir entre dos ejércitos

A las personas LGBTIQ+ (independientemente de que nos reconozcamos o no dentro de estas categorías, y por mucho que sospechemos de las políticas de identidad y de sus excesos), como a los judíos o los disidentes políticos, nos quieren seguir viendo como disolventes de los valores conocidos. Somos útiles para encarnar la noción de enemigos públicos. Los ejemplos de ese despliegue ideológico abundan; cuando se precisa se pueden disparar los proyectiles imaginarios del contagio, la corrupción y la inestabilidad. El estigma contra las personas LGBTIQ+ es muy bien documentado por el periodista sudafricano Mark Gevisser en su libro *La línea rosa, un viaje por las fronteras queer del mundo*¹². No en vano, y a su pesar, Gevisser apela también a la metáfora militar. Enfrentada a la línea rosa que propugna por la extensión de valores pluralistas y de reconocimiento de los derechos de las minorías sexuales como derechos humanos universales, aparece en el horizonte la línea azul, los ejércitos conservadores que consideran esas proclamas como una amenaza y las acusan de ser una intervención colonialista de Occidente.

El asunto es más complejo que escoger bando y quedarse tan tranquilo con el orgullo –insuficiente– de tener la razón. La extensión de la línea rosa –es decir, los triunfos en términos de derechos para las personas LGBTIQ+ en buena parte del mundo– han traído mejoras sustanciales en la vida de quienes antes debíamos esconder nuestro deseo o expresarlo de forma limitada

(en los límites entregados por la falsa y tranquilizadora tolerancia). Sin embargo, la visibilidad lograda por identidades de género y opciones sexuales no normativas también ha hecho que las personas que nos afirmamos en esas identidades seamos más proclives a manifestaciones de odio y de violencia. Mientras determinadas prácticas y experiencias ocurrieron salvaguardadas del espacio público o mediático, parecieron no ofrecer mayor “peligro” o se tramitaba su existencia con un manto de silencio. Pero ser exhibidas con orgullo o desparpajo ya es considerado, por muchos, como un exceso. Y se procede a castigar esa demasía.

En últimas, la disidencia sexual y todo lo que acarrea entró a formar parte de la artillería con que se libra lo que hoy se llama “guerra cultural” y en la que intervienen líderes políticos y de opinión, activistas, intelectuales, representantes de instituciones y, como mejor pueden y con los megáfonos de que disponen, también los ciudadanos de a pie. Con esto entró al debate público –y se politizó– lo que antes se quería protegido en la esfera privada. Ese debate ha sido un paso ineludible para propiciar cambios de orden cultural y legislativo, al poner en disputa –en conflicto y en contradicción– las creencias y los valores que los sectores conservadores consideran inamovibles. Esto ha ocurrido no sin el riesgo de que la intimidad y el deseo se instrumentalicen, o de que, para ganar la batalla ideológica por cierto consenso social, esa intimidad y ese deseo se quieran higienizar, como en determinadas luchas de la agenda LGBTIQ+, por ejemplo, el matrimonio igualitario, en donde a veces toda la energía política parecía encaminada a demostrar qué buenos ciudadanos o buenas ciudadanas podíamos ser. Se asimilaba, de cierto modo, la moral dominante, en lugar de expandir o cuestionar el orden dado.

Se construyen así relatos en disputa que articulan lo difuso de los sentimientos y les dan entidad. A los relatos de odio que crean sobre nosotros mismos, cualquiera que sea el grupo al que nos quieran reducir, y que por lo general son relatos simplificadores, esquemáticos o arquetípicos, hay que responder con relatos complejos o, como dice Emcke, matizados y contradictorios, que rompan los consensos sociales y las hegemonías en vez de afirmarlos. Relatos que no sean funcionales a

ninguna guerra cultural o religiosa, pero que tampoco sean dictados por la higienización o la moral dominantes. Siempre se trata de estar atentos y estar en tensión, eso es tal vez lo que podemos aprender o conservar del adolescente que fuimos. Y que el odio ajeno, inmotivado, nos recuerde nuestro centro y nos haga fuertes. ■



¹¹ En comunicación privada, Mendoza me ofreció disculpas por el comentario, y afirmó haber sido malinterpretado por el periodista. Nunca lo hizo públicamente, siguiendo la tradición de “ofensas públicas, disculpas privadas”.

¹² La edición que cito se publicó en Colombia en 2022, a cargo de Ediciones Urano, y Gevisser participó en varios eventos de lanzamiento en el país.